

Los nuevos movimientos laicales: signos del espíritu o sectas cristianas

Jean Vanier

En nuestra sociedad, muchos se sienten molestos ante las nuevas comunidades cristianas. Su entusiasmo, sus celebraciones y sus modos de vida radicales hacen nacer una cierta inquietud en el corazón de aquéllos que malfían de todo lo que se sale de lo ordinario. Seamos como Gameliel y no juzguemos ni condenemos tan rápidamente.

Vivimos en una sociedad con muchas personas marginadas y algunas totalmente desestructuradas. Ellas figuran entre los más pobres del mundo y la Buena Nueva de Jesús se dirige a ellos de un modo muy especial. Sin embargo, también necesitan comunidades sólidas, estructuradas y bien disciplinadas para vivir esta Buena Nueva.

Con este horizonte y a la luz de mi experiencia, he aprendido a ser prudente en el uso de palabras como «sectas» o «comunidades sectarias».

Importancia de la familia y de la comunidad

La apertura tiene que ver con el amor, con la acogida y la comprensión del otro. Ella se funda sobre la certeza que pertenecemos a una humanidad común. Cada ser humano, desde la concepción hasta la muerte, cualesquiera que sean sus dificultades o limitaciones, es una persona única, importante, sagrada y amada por Dios. Más allá de

nuestra educación, —nuestra cultura— de nuestra salud, de nuestra religión, todos somos básicamente semejantes.

Todos tenemos corazón y un cuerpo vulnerable. Todos tenemos necesidad de amar y de ser amados. Todos tenemos miedo ante el sufrimiento, en especial el sufrimiento interior que proviene del rechazo, de sentimientos de culpabilidad y de la impresión de ser inútil para los demás; entonces nos protegemos detrás de barreras. Todos aspiramos a una realización total y, sin embargo, todos estamos más o menos decepcionados de los demás, de nosotros mismos y de la vida.

Con todo, nos podemos ayudar y amar los unos a los otros. Podemos ser solidarios los unos de los otros. La llave de nuestro crecimiento en el plano humano reside en la relación y en la apertura mutua. El aislamiento y la dependencia son signos de inmadurez. La Santísima Trinidad —tres personas unidas en la luz y el amor— es el signo de la llamada a ser totalmente uno mismo a través de la relación, la apertura y la reciprocidad.

Aunque pertenecemos a una humanidad común, nos podemos encontrar profundamente divididos por las mismas categorías que configuran nuestra identidad. Enseguida tenemos miedo los unos de los otros, particularmente de aquéllos que son extranjeros y diferentes o que parecen ponernos en peligro. Vivimos en una sociedad competitiva. Todos tenemos miedo de convertirnos en perdedores. Necesitamos ser amados, ser considerados entre los mejores y tenemos que demostrarlo. Así nos encerramos en nosotros mismos y en el seno de nuestro grupo. Nos escondemos tras los muros del miedo y de los prejuicios. A causa de nuestra inseguridad tenemos necesidad de sentir que nuestro grupo es el mejor, el único que posee la verdad. La cerrazón es, por tanto, signo de inmadurez y de inseguridad.

Una fuerte identidad se constituye cuando las personas se encierran sobre sí mismas. Ellas crean una fortaleza desde la cual juzgan y condenan a los demás, imponiéndoles sus creencias y su visión de las cosas. Sus certezas les impiden buscar y profundizar en su fe y en su visión del mundo. El mundo está dividido, según ellos, entre buenos y malos, los salvados y los condenados. Los habitantes de la fortaleza detentan toda la verdad mientras que los demás son unos ignorantes o unos malvados. Pero esto no constituye lo que llamaríamos una identidad humana verdadera.

Por otro lado, la apertura no implica una acogida ciega de las ideas del otro, renunciando a las propias o desde la indiferencia. Una apertura auténtica encuentra su fuente en el amor y en un profundo respeto por la vida y el secreto del otro. Sólo un buscador de verdad y una persona sedienta por dar a conocer el amor de Dios se encuentra en situación de ver la verdad y la luz en los demás, más allá de todas las diferencias que les separan. La apertura a los demás sin conciencia de los valores propios, conlleva una disolución de la propia personalidad y es también un signo de inmadurez. La apertura implica una identidad real.

Supuesto que somos miembros de una humanidad rota y frágil, todos tenemos tendencia a encerrarnos en el seno de nuestros grupos, creando fronteras bien claras y leves tras las cuales nos podemos considerar los mejores, los elegidos. Tenemos necesidad del Espíritu de Jesús para ser liberados de nuestros miedos e inseguridades, para derrocar los muros de prejuicios que nos separan y para abrir nuestros corazones a un amor universal, a la acogida de nuestras diferencias y el reconocimiento de nuestra humanidad común en la que nos podemos constituir como cuerpo.

De la cerrazón a la apertura

La identidad no se adquiere de una vez por todas. Tampoco hay que esperar a adquirirla para empezar a abrirse a los demás. Lejos de oponerse una a la otra, identidad y apertura son complementarias. La apertura forma parte de la identidad; es parte importante de la persona comprendida a la luz de la fe en un Dios trinitario: la persona no se realiza plenamente sino en la relación. Esto supone que cada ser humano es sagrado y es digno de respeto y amor. Esta apertura la recibe el niño de sus padres, de la parroquia y de la escuela; está contenida en la gracia del bautismo que nos une al corazón de la Trinidad que ama a cada ser humano. Al mismo tiempo, esta apertura puede fragilizarse, por actitudes elitistas, racistas o sexistas que encontramos en todas las culturas y en todas nuestras Iglesias. Padres llenos de prejuicios, de fragilidades, o asustados por los demás, comunicarán este miedo a sus hijos y se replegarán sobre sí; del mismo modo, la capacidad de apertura se transmite de generación en generación.

La importancia de la familia y de la comunidad

En nuestras sociedades ricas, existe el peligro de olvidar que entre la persona y la sociedad existe un intermediario: la familia o la comunidad. Si este intermediario es ignorado, existe el peligro de favorecer individualismo agresivo. Cada persona debe entonces triunfar sola y trepar por la escala de la promoción social. Un individualismo tal nos enseña que para ganar esta competición de la vida, uno tiene necesidad de competencia y de una formación sólida. Ciertamente, cada ser humano debe intentar ser competente y por ello cada uno necesita formación. Sin embargo, individualismo radical incita a las personas a ser agresivas y creídas con el fin de probarse y ganar. Si no lo consiguen, se hunden en la depresión, la anarquía o la violencia contra las instituciones. Su individualismo se manifiesta entonces en sus heridas y en su amargura.

La familia o la comunidad es una escuela del corazón y del crecimiento en el amor donde descubrimos la belleza y el carácter sagrado del otro y donde aprendemos tal como es. Esta escuela nos enseña el amor y el perdón y nos ayuda a pasar del egoísmo a la comprensión.

Cuando los niños nacen en el seno de una escuela de amor, su corazón se puede dilatar en ese espíritu de apertura. Si, al contrario, nacen en un lugar de inseguridad y de conflicto, desarrollan sólidos mecanismos de defensa para protegerse. Tienden a ignorar a los otros, incluso a odiarlos, sin duda porque ellos se odian a sí mismos.

La gran mayoría de personas no han nacido en una escuela de amor perfecto ni en un abominable lugar de conflicto. Cada uno de nosotros tiene necesidad de ayuda para superar los prejuicios y el miedo al otro.

La comunidad cristiana puede ser esta escuela, donde las personas se esfuerzan en crecer en la libertad del Espíritu y no en la libertad de la carne (Ga 5), donde cada uno busca seguir a Jesús en el camino de la compasión y de la humildad y según las bienaventuranzas evangélicas, más que en el deseo de controlar y de tener poder sobre el otro. El papel de una comunidad cristiana es ayudar a las personas a pasar de la cerrazón a la apertura, y por tanto a la madurez humana y cristiana.

No es sorprendente que en un mundo dividido, muchos vean en la comunidad un lugar de pertenencia cordial y de crecimiento, donde pueden aprender a seguir y a amar a Jesús y vivir el mensaje de la Buena Nueva para los pobres y con los pobres. Estas comunidades pueden realmente ser signo del Espíritu en nuestro mundo, particularmente cuando aspiran a superar el foso entre ricos y pobres. Existe el riesgo de que algunos entren en la comunidad no para crecer en el amor universal, la humildad y la confianza en Dios, sino para encontrar un refugio, un lugar seguro donde superar el miedo a la soledad. Así algunas comunidades, como algunas familias, se encierran sobre sí, buscando, más o menos conscientemente, la seguridad y fuerza espiritual.

Las Sectas

La necesidad de pertenecer a un grupo puede llevar a la cerrazón radical. Personas solas o inseguras pueden sentirse atraídas por un grupo fuerte, muy cerrado sobre sí mismo y que aporta una seguridad absoluta. Tales grupos son llamados sectas. Es importante ver la diferencia entre una secta y una comunidad.

Sectas y Comunidades

Quisiera definir una secta:

1. Una secta está encerrada sobre sí misma y con frecuencia dominada por un grupo poderoso considerado como el único profeta, el salvador, el inspirado, cuyas enseñanzas y escritos —y sólo ellos— son inspirados. Sólo la secta posee toda la verdad; no se tolera ninguna otra autoridad. Los contactos con otras formas de pensar o actuar están prohibidos.
2. La secta se presenta a sí misma como salvadora del mundo y de los individuos, con un mensaje nuevo y único para todos. Ello da a sus miembros un sentido completo a su existencia y una fuerte motivación para captar nuevos sujetos. Para entrar en una secta no es necesario hacer un largo período de prueba. Los miembros son iniciados progresivamente.
3. Según ellos, la sociedad está dividida entre salvados y condenados. Se edifican sólidos muros con el miedo, haciendo difícil cualquier cuestionamiento sobre la autoridad del jefe. Se da también una ruptura radical con la familia, con los amigos y con toda persona de buena voluntad, así como con la sociedad y las instituciones que la componen.

4. Sus miembros son obligados a sacrificar su propia conciencia, su libertad y su capacidad crítica en aras del poder, de certezas fundamentalistas, de la seguridad y de los objetivos del grupo. Su inteligencia es manipulada. En vez de intentar descubrir la verdad, obedecen y se someten a eslóganes.
5. Las personas angustiadas, frágiles y solas son atraídas y seducidas por este tipo de grupos. El hecho de estar juntos, la seguridad y los objetivos claros alivian la angustia y el sentido de soledad, debidos a la baja estima de sí y a la falta de sentido de la vida. Esto hace que resulte casi imposible dejar el grupo, pues se percibe el riesgo de encontrarse de nuevo, fuera del grupo, con una angustia y un sentimiento de soledad aún mayor.

Un secta es, pues, una realidad peligrosa y manipuladora, que utiliza formas de lavado de cerebro y encierra a los sujetos sobre sí mismos.

Alguno de los elementos citados puede aplicarse a toda comunidad cristiana, sobre todo durante los primeros años de su fundación. Sin embargo, a medida que la comunidad crece y es reconocida por una Iglesia cristiana aparecen *tres diferencias significativas entre una secta y una comunidad cristiana*.

6. La comunidad está para facilitar a cada persona el crecimiento en la libertad de Espíritu y profundizar en su conciencia personal. Cada comunidad anima la formación espiritual, teológica y humana, para así ayudar a cada miembro a estar bien arraigado en la Palabra de Dios, en la vida del Espíritu y en su propio ser humano.

La misión de la comunidad puede ir más allá de cada persona tomada individualmente, pero la integridad y la vocación de cada uno es más importante que el crecimiento cuantitativo y la supervivencia institucional. Impedir la formación personal y los encuentros con personas experimentadas fuera de la comunidad con el fin de mantener la solidez del grupo, implica un sectarismo que puede ser peligroso para el crecimiento personal.

Se da también un largo período de prueba antes de que los miembros sean invitados libremente a tomar la decisión de comprometerse a largo término con el grupo. Aquéllos que descubren posteriormente que su sitio no está dentro del grupo son ayudados a dejarlo de manera tranquila.

7. Una comunidad cristiana no está encerrada sobre sí misma. Ella forma parte integrante de la Iglesia más amplia que reconoce y acepta sus objetivos, el modo como es guiada, y que puede ejercer de árbitro en caso de conflicto. Una

autoridad exterior garantiza así que las personas sean libres. Los miembros de una comunidad pueden al principio estar encerrados sobre sí mismos. Pero, en su camino de crecimiento hacia la madurez, se les ha de animar a ponerse en contacto con los cristianos, otros movimientos u otros acompañantes espirituales en el seno de la Iglesia.

8. Si en los primeros pasos de una comunidad, la autoridad se ejerce con cierta rigidez, con la madurez creciente de sus miembros, el ejercicio de la autoridad pasa más y más por el discernimiento y el diálogo.

Comunidades y movimientos cerrados sobre sí mismos

Algunas comunidades o movimientos recientes pueden parecer cerrados sobre sí mismos, especialmente en sus inicios. Ello es comprensible como una etapa necesaria para la formación y la purificación, que permite a sus primeros miembros desarrollar una identidad y profundizar en su carisma y su misión particular. A medida que pasa el tiempo, estas comunidades se van abriendo.

Algunos grupos cristianos, sin embargo, no pretenden ser escuelas del amor, sino grupos de presión para ejercer mayor influencia sobre la autoridad. Sea porque encuentran su comunidad eclesial demasiado tibia, sea porque quieren cambiar las enseñanzas de la Iglesia en ciertas materias de la moral, de la disciplina o incluso de la fe, algunos grupos se vinculan más estrechamente a otras Iglesias.

Otros pueden presentarse muy agresivos ante la autoridad eclesial, local o papal. Pueden parecer cerrados sobre sí mismos, convencidos de que sólo ellos poseen toda la verdad. Tienden entonces a denunciar a aquéllos que, a su juicio, son demasiado tibios o fieles a Roma o demasiado condescendientes o intransigentes con los medios de comunicación social. Todo ello, con el fin de ejercer presión y poner las cosas en su sitio. Tienden a rechazar todo cambio o, al contrario, desprecian el pasado, la tradición o toda autoridad.

¿No nos encerramos entonces detrás de nuestro orgullo y nuestros prejuicios familiares, culturales, religiosos y nacionales, en nuestra necesidad de probar que somos mejores que los otros, que nosotros lo conocemos todo, incluso los caminos de Dios?

Juzgamos y condenamos fácilmente lo que es nuevo, nos molesta y, a veces, revela nuestras propias insuficiencias. Estamos ciegos ante la

verdad de nuestras propias debilidades. ¿No son Jesús y el Espíritu Santo quienes destruyen los muros de los prejuicios, nos invitan al amor universal y nos ayudan a coger nuestras pobreza?

No utilicemos, por tanto, la palabra «secta» para un grupo cristiano reconocido por la Iglesia. Este nombre supone algo de manipulador, malvado o destructor de la persona, más que simplemente un grupo de cristianos encerrados sobre sí mismos o en el que la autoridad es todavía ejercida de manera rígida. Algunos católicos hablan de algunos grupos protestantes como si fueran sectas. Puede haber grupos de estas Iglesias protestantes que permanezcan encerrados sobre sí mismos y que sean muy críticos hacia la Iglesia católica. Pero hay también algunos grupos católicos cerrados sobre sí mismos, críticos hacia los demás.

Nuevos movimientos y comunidades en la Iglesia

A lo largo de la historia de la Iglesia han ido apareciendo nuevas comunidades, familias espirituales y movimientos. Algunos han crecido y están todavía entre nosotros, otros han desaparecido. Cada uno ha sido una respuesta a las necesidades de su tiempo. Estas familias espirituales han ayudado a la gente a vivir lo más posible las bienaventuranzas evangélicas. Todas las familias espirituales nacieron como un don para la Iglesia, extendieron el mensaje del Evangelio y dieron vida y esperanza a mucha gente, especialmente a los pobres.

El nacimiento y la evolución de comunidades en la Iglesia

En la Iglesia las nuevas familias empiezan casi siempre por ser pequeñas, pobres, radicales y entusiastas, van frecuentemente acompañadas de signos asombrosos de la Providencia y de la gracia, y cuentan con admirables historias de conversión. Bajo la dirección de una figura profética, sus miembros se sienten elegidos por Dios para una misión específica, quizás incluso para reformar o renovar la Iglesia.

Rápidamente son reconocidas, aprobadas e incluso se integran en ellas. Adquieren riquezas y propiedades, un poder espiritual y mucha influencia. Éste es un momento difícil para determinadas comunidades, como lo muestra la historia de la Iglesia. Poco a poco, se agarran al poder y se creen la elite, quizás la «verdadera» Iglesia, con los años pueden instalarse en cierta mediocridad. Puede haber un deseo de

controlar a las personas, de crear estructuras pesadas, que en realidad impiden la vida del Espíritu y toda nueva iniciativa. La ley y el poder destruyen la libertad del corazón.

Para todas las comunidades —antiguas o nuevas— la cuestión es saber cómo permanecer vivas y fieles al espíritu de las Bienaventuranzas. ¿Qué alimento es necesario para permitir a todos sus miembros seguir dispuestos a llevar la cruz del sufrimiento, a permanecer cerca de los que sufren? ¿Cómo ayudar a las comunidades a abrirse a la diferencia y estimular a sus miembros a crecer hacia una mayor libertad interior? ¿Cómo animar y no ahogar las iniciativas?

Existe siempre el peligro que los responsables de la comunidad y los movimientos, creyéndose guiados por el Espíritu Santo, impidan una sana evolución, como si los fundadores hubieran sido inspirados una vez por todas los pequeños detalles de la fundación y para todas las generaciones venideras. Con el tiempo la estructura fundacional puede convertirse en obsoleta.

Cada nueva fundación revela una nueva llamada de Dios, una nueva manera de encarnar y de anunciar la buena nueva de Jesús. Pero coexisten luz y tinieblas. Ningún movimiento es totalmente puro, totalmente santo e inspirado en todos los aspectos de la vida humana y espiritual. El ideal y la visión pueden ser auténticos, pero las realidades concretas de la organización están sujetas a circunstancias y a las personas tal como son. Si esto es verdad para el fundador, lo es más aún para los primeros discípulos, los cuales tienden a ser más cerrados que el fundador y a interpretar de manera rígida su espiritualidad, su visión y su modo de vivir.

A la muerte del fundador, los miembros pueden dividirse entre los que quieren seguir todas sus palabras y enseñanzas como si fueran el mismo Evangelio y los que se afanan por emprender lo que el fundador habría hecho y dicho en las nuevas circunstancias. Siempre hay elementos de orgullo, de miedo, de error en cada nueva comunidad. Existe siempre una tensión entre el esfuerzo por mantener la unidad y la pureza del grupo y la necesidad de dar espacio a la creatividad, con el fin de ayudar al movimiento y evolucionar según el Espíritu Santo y el pensamiento de la Iglesia. Cada grupo tiene sus crisis, e incluso sus divisiones, con el fin de ser más conformes a los deseos de Jesús.

Por lo que se refiere a las comunidades católicas, el reconocimiento y la aprobación por parte de la Iglesia significa que su constitución salva la libertad de sus miembros, que sus objetivos y su

modo de gobierno están de acuerdo con el mensaje del Evangelio y que la comunidad manifiesta signos tangibles del Espíritu. La aprobación de la Iglesia no significa que todo sea perfecto. Debemos recordar que cada nueva comunidad conlleva una reacción humana frente al presente o al pasado reciente que es, en cierta medida, un modo de hacer contrapeso. Entonces con frecuencia se exagera y se requiere un sin fin de correcciones para lograr un equilibrio que, de lo contrario, se rompe.

A medida que pasan los años y que la comunidad se implanta en las diversas culturas, es imperativo que se haga una distinción bien clara entre la espiritualidad y la visión fundamental del fundador, que son universales y afectan a todas las generaciones por estar enraizadas en el mensaje del Evangelio, por una parte, y por otra, las estructuras, las reglas, la manera de ejercer la autoridad y de formar y acompañar a los nuevos miembros. Éstos últimos son llamados a evolucionar según las circunstancias. La historia de la Iglesia está por mostrarnos que los nuevos movimientos o comunidades son llamadas a ser refundadas y a evolucionar siempre de manera sana.

Mencionemos los signos que revelan que una comunidad o un movimiento evoluciona según la moción del Espíritu.

1. El primer signo es que la comunidad o el movimiento, cuando crece en madurez y profundiza en su propio carisma y en su misión, descubre la belleza y los dones de otros en la Iglesia local. Ellos también tienen dones necesarios para el Cuerpo de Cristo; es importante trabajar juntos en la construcción de este Cuerpo. Nadie es mejor que nadie. El nuevo movimiento o la comunidad descubre entonces la importancia de estar en comunión con el obispo local y adapta sus actitudes y su lenguaje a las necesidades de las gentes de la región.

Cada movimiento es llamado a reconocer la primacía del conjunto del Cuerpo de Cristo en relación a su propio movimiento. La comunidad o el movimiento es quizá más grande que la persona individual, pero cada persona es más importante que las cifras o los objetivos. Un movimiento puede desaparecer, como ha pasado a numerosos intentos en la historia de la Iglesia, y ello es relativamente de poca importancia. Lo que importa es que la Buena Nueva continúe siendo anunciada a los pobres. La inserción en el seno de la Iglesia local puede tomar su tiempo a causa de una cierta cerrazón y del miedo a la novedad.

Las personas están con frecuencia bien ancladas en sus costumbres y en sus ideas. Por ello las intervenciones del Papa y de la Iglesia universal pueden ser importantes en relación a los nuevos movimientos que, en su origen, fueron aceptados en una diócesis particular y han sido en seguida transplantados a otro lugar. El Papa puede tener una visión más amplia que la Iglesia local, pero después del reconocimiento eclesial necesario, es importante que estas comunidades estén bien insertas en la Iglesia local, reconociendo la autoridad del obispo y cooperando con otros movimientos.

2. Una comunidad que evoluciona bajo la moción del Espíritu toma conciencia poco a poco de sus propios límites y debilidades, se da cuenta de que ha cometido errores en ciertas normas fundacionales o respecto a determinados miembros de la comunidad, y de que ha habido abusos de autoridad. Entonces busca una ayuda exterior para evaluar ciertos aspectos de la vida comunitaria y para resolver los conflictos latentes. La comunidad tendrá necesidad de esta ayuda para tomar conciencia de su lado oscuro, para ver cómo se ejerce la autoridad y si las estructuras dan vida o, al contrario, ahogan a las personas. Ha de tener el coraje de cuestionarse, la honestidad de reconocer sus propios fallos y energía para cambiar.

El punto más complejo y el más delicado es saber quién puede determinar esta ayuda exterior y cuál ha de ser su autoridad. Hay un doble peligro: que la comunidad rechace toda ayuda exterior y se cierre sobre sí misma, y que la ayuda exterior asuma demasiada autoridad e impida al movimiento un desarrollo según su carisma.

Esta ayuda exterior no está para juzgar o condenar, sino para acompañar. Está allí para aconsejar al fundador y a los representantes de la comunidad. No está simplemente para escuchar a los descontentos, ni para cambiar la autoridad. Está para sostener a los responsables y ayudarles a evolucionar. Valdría más que hubiera no una sola persona que viniera de fuera, sino varias, elegidas por los responsables de la comunidad, en armonía con la autoridad religiosa. Estas personas han de ser elegidas por su experiencia de vida comunitaria, su sabiduría, su sentido de Iglesia y su visión antropológica.

3. Cuando un movimiento crece, está llamado, no solamente a profundizar en su carisma y en su propia identidad, sino a crecer en la apertura, como la Iglesia misma crece en apertura. No siempre es fácil para los movimientos, especialmente para los que han sido fundados para mantener la ortodoxia, permanecer fieles a una Iglesia que evoluciona, como tampoco resulta fácil para

las personas que sienten llamadas de riesgo y a la apertura permanecer definidas respecto a su identidad católica. Si un movimiento no cesa en su empeño de armonizar estos dos aspectos, ello es signo de su crecimiento en el Espíritu Santo.

4. Uno de los signos de que una comunidad nueva esté evolucionando según las vías del Espíritu es el modo como los hombres y las mujeres cooperan juntos. Todo rechazo del otro sexo es un signo sectario. Esta cooperación ¿no es particularmente importante en nuestra época en la que hay tantas personas inmaduras en plano afectivo y sexual?
5. Sin un nuevo movimiento anuncia la Buena Nueva a los pobres y, a su vez, se deja evangelizar por ellos, esto es también un signo del Espíritu. Comer en la misma mesa que el pobre, unirse a él por lazos de amistad, resulta siempre exigente y molesto. La presencia del pobre y del débil mantiene el movimiento en la humildad y le impide encerrarse en sí mismo. El pobre obliga a evolucionar y a profundizar. Cuando Jesús envía a sus discípulos a anunciar la Buena Nueva a los pobres, les dice que vayan pobremente y que hagan cosas humanamente imposibles. ¿Es posible anunciar la Buena Nueva a los pobres y oprimidos si se habla desde situaciones de poder, de confort y de seguridad?
6. La manera como la autoridad es ejercida deberá necesariamente evolucionar a medida que el movimiento crece y se desarrolla. Una autoridad que persiste en ejercerse de manera rígida, sin diálogo ni discernimiento, sin dar la posibilidad a los miembros de encontrarse con otras personas externas a la comunidad, es un mal signo.
7. Otro signo importante es la calidad del amor hacia los más débiles del grupo, hacia los que pasan dificultades particularmente a nivel físico, psicológico o espiritual y que pueden ser torturados por la duda. Éstos son los pobres de la comunidad. Los que se sienten llamados a dejar el grupo tienen necesidad de mucha comprensión y ayuda con el fin de irse en paz, libres de todo sentimiento de culpabilidad. Todos los grupos tienden a retener sus miembros. Con frecuencia no se les deja ir fácilmente. Más allá de ciertos límites, esta actitud puede ser destructiva y efectivamente sectaria. Es como si dejar el grupo fuera sinónimo de dejar la Iglesia o dejar a Dios.
8. Aunque no debemos utilizar la palabra secta a propósito de un grupo cristiano reconocido por la Iglesia, un movimiento encerrado sobre sí mismo, que tiene sus propios curas o psicólogos, puede llegar a ser sectario, si éstos están vinculados por una fidelidad total al movimiento y si no hay otra autoridad exterior disponible. Todo lo deciden los responsables cuya palabra se interpreta como

Palabra de Dios. Hay un riesgo real de hacerse incapaz de ver el propio lado oscuro, de no aceptar la crítica y de no evolucionar positivamente. En tales situaciones, algunos miembros son aplastados; y ello se justifica viendo el Espíritu Santo de un lado y el maligno (o las personas «difíciles») del otro. En tales movimientos, la sensatez brilla por su ausencia, las evaluaciones psicológicas y humanas son rechazadas y sólo se conservan las palabras del fundador. Entonces la dimensión supuestamente «espiritual», en vez de potenciar la dimensión humana, la aplasta.

Un movimiento que crece bajo el impulso del Espíritu debe permitir a sus miembros un contacto frecuente con hombres y mujeres de sabiduría teológica, espiritual, psicológica y de conocimientos humanos, que no formen parte del movimiento, pero que aprecien sus objetivos y, manteniendo una cierta distancia respecto a él, estén atentos a las necesidades reales de los individuos dentro del grupo. Una espiritualidad al margen de una buena antropología no encuentra ningún fundamento en la Buena Nueva de Jesús.

Es necesario pues una buena dosis de discernimiento, lo cual pide tiempo, para evaluar si un movimiento crece en apertura y colaboración, en humildad y en anuncio de la Buena Nueva a los pobres. Algunos movimientos necesitan recibir alguna sacudida si se decantan hacia actitudes demasiado sectarias o si están demasiado encerrados en sí mismos. El peligro se cierne siempre cuando los movimientos se deslizan hacia el éxito, el poder, la riqueza y la seguridad, más que hacia la fidelidad al Espíritu. Las cifras en sí no son un signo de que un movimiento sea de Dios.

Los grupos de presión cristianos que rechazan la autoridad no aceptan habitualmente ni la evaluación ni el discernimiento. El diálogo con ellos debe, sin embargo, mantenerse; no solamente porque sus miembros son seres humanos y cristianos, sino porque sus críticas a la Iglesia contienen frecuentemente verdades importantes que han sido descuidadas y que responsables de la Iglesia no han querido oír. Las personas que pertenecen a estos grupos tienen necesidad de sentir que son amadas y escuchadas con inteligencia y comprensión más que condenadas, por miedo y para defender posturas tradicionales. Estas actitudes defensivas no hacen más que agravar las cosas; endurecen las posturas y aumentan el foso que separa las personas.

Debemos recordar que todos los movimientos tienen que descubrir también que no son solamente llamados a vivir el éxito de la vida pública de Jesús, cuando muchos le seguían, sino también su debilidad, su

pequeñez, su vulnerabilidad e incluso a veces el rechazo y la muerte. Estos sufrimientos pueden ser fuente de purificación y de vida nueva para la Iglesia.

Uno de los signos más claros de que un movimiento evoluciona al ritmo del Espíritu es la humildad, el amor por toda la Iglesia, por todos los cristianos y por toda la humanidad.

La renovación de la Iglesia surge principalmente de los grupos en comunión con sus obispos y sus autoridades eclesíásticas, comunidades que son signos positivos del amor y de la resurrección de Jesús, más que signos de crítica agresiva. Esta renovación no proviene siempre de movimientos poderosos sino más bien de pequeñas semillas que crecen hasta que fructifican. Ello se da cuando uno se deja transformar por el amor de Jesús en y a través del Espíritu Santo. El Espíritu nos conduce a la sabiduría, a la pobreza y al pobre, y al don de nuestras vidas. Esto implica una buena teología y una buena sabiduría humana. Pero, sin duda, no suprime la crítica necesaria o los desacuerdos constructivos y respetuosos respecto a la autoridad.

Como todo movimiento y toda comunidad, todos nosotros tenemos necesidad de acompañamiento, no sólo desde el interior de la comunidad, sino también desde fuera, para evolucionar en los caminos del Espíritu y las necesidades de nuestro tiempo, y para permanecer abiertos al grito del pobre. Todos tenemos necesidad de discernir cómo crecer, no solamente con más fundaciones y más miembros, sino en profundidad, en sabiduría humana y divina, en la oración, en madurez y en apertura y amor, a la imagen del corazón de Dios abierto y amante. Todos tenemos necesidad de crecer, trabajar con los otros, en comunión con ellos, de modo que juntos podamos ser un signo del Cuerpo de Cristo y del rostro amante y misericordioso de Jesús.